



Perihelion

William F. Wu



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#Perihelion

Colección: Tombooktu Asimov
www.asimov.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Peribellion*

Autor: © William F. Wu

Traducción: Miguel Giménez Sales

Traducción cedida por Editorial Molino

Edición original en lengua inglesa:

© Byron Preiss Visual Publications, Inc.

© Del prólogo: Nightfall, Inc.

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-20-8

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-451-3

ISBN Digital: 978-84-9967-452-0

Fecha de publicación: Febrero 2013

Impreso en España

Imprime: Ulzama Digital

Maquetación: Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

Déposito legal: M-37054-2012

Índice

Leyes de la Robótica	9
La combinación de robots.....	11
I. La Torre de la Brújula	19
II. Recuerdos y chemfets	29
III. Recaídas	37
IV. Planta de energía de contingencia regional. Prioridad 4	47
V. Euler	59
VI. Huida	69
VII. Los cazadores.....	77
VIII. El escondite	87
IX. Bienvenido.....	97
X. El Minneapolis	107
XI. En órbita	115
XII. Calles desiertas	121
XIII. En las montañas.....	129
XIV. El parque agrícola.....	139

XV. Traidores	147
XVI. Desafío a la utopía	157
XVII. El favor de Jeff	167
XVIII. En un agujero.....	175
XIX. El cadáver	183
XX. Gobernar en Robot City	195
Las claves de <i>Perihelion</i>	207
Otros títulos de la colección.....	211

Leyes de la Robótica

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley.
3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley.

La combinación de robots

Isaac Asimov

He inventado historias de robots durante casi medio siglo. En ese tiempo, he realizado casi todas las variantes concebibles acerca de ese tema.

Realmente, no era mi intención componer una enciclopedia sobre las características de los robots, ni lo fue tampoco escribir sobre ellos durante medio siglo. Simplemente he vivido muchos años y he mantenido vivo mi interés en ese tema. También ha sucedido que, al intentar imaginar nuevas historias referentes a robots, terminé pensando casi en todo.

Por ejemplo, en este sexto volumen de la serie *Robots & Aliens*, tenemos a los «chemfets», introducidos en el cuerpo del protagonista a fin de que se multiplicasen y, eventualmente, otorgarle un control psicoelectrónico directo sobre el ordenador central y, con ello, sobre todos los robots de Robot City.

Bien, en mi libro *Los límites de la Fundación* (Doubleday, 1982), mi protagonista, Golan Trevize, antes de despegar en una nave espacial, toma contacto con un ordenador avanzado, colocando las manos en un lugar indicado de la mesa que tiene delante.

«Y mientras él y el ordenador juntaban las manos, sus pensamientos se fundieron...».

«... vio la habitación con una gran claridad, no sólo en la dirección a la que miraba, sino a su alrededor, arriba y abajo».

«Vio todas las cámaras de la nave espacial, y también el exterior. Había salido el sol... pero él podía contemplarlo directamente sin quedar deslumbrado...».

«Sentía la brisa y su temperatura, y los sonidos del mundo en torno suyo. Detectó el campo magnético del planeta y las diminutas cargas eléctricas en la pared de la nave».

«Tuvo conocimiento de los controles de la nave... Supo que, si deseaba elevar la nave, o girarla, o acelerarla, o utilizar cualquiera de sus capacidades, el proceso sería el mismo que el de efectuar un proceso análogo en su cuerpo. Sólo tenía que usar su voluntad».

Así fue como describí, del mejor modo que supe, el resultado de una interrelación mente-ordenador, y ahora, en conexión con este nuevo libro, vuelvo a pensar en ello.

Supongo que la primera vez que los seres humanos aprendieron a conseguir una interrelación entre la mente humana y otra clase de inteligencia fue cuando domaron el caballo y aprendieron a usarlo como medio de transporte. Y esto llegó a su grado más alto cuando los seres humanos cabalgaron directamente sobre los caballos, cuando un tirón de las riendas, la aplicación de una espuela, una presión con las rodillas, o sólo un grito, hicieron que el caballo reaccionase de acuerdo con la voluntad del hombre. No es de extrañar que los primitivos griegos, al ver unos jinetes que invadían las relativamente amplias llanuras de la Tesalia (la zona de Grecia más a propósito para la equitación), pensaran que estaban viendo a un solo animal con torso de hombre y cuerpo de caballo. Y así inventaron el centauro.

También tenemos a los «conductores especialistas». Hay varios «especialistas en trucos», grandes expertos que pueden lograr que un automóvil haga cosas maravillosas. Y es posible imaginar que un nativo de Nueva Guinea, que jamás haya visto ni oído hablar de los automóviles, crea que tales artilugios se mueven mediante un organismo viviente, extraño y monstruoso que tiene, como parte de su estructura, una porción con aspecto humano en el estómago.

Pero una persona más un caballo no es más que una fusión imperfecta de inteligencias; y una persona más un automóvil es solamente una extensión de los músculos humanos mediante elementos mecánicos. Un caballo puede desobedecer las señales o correr desbocadamente, presa de un pánico incontrolable. Y un automóvil puede averiarse o patinar en un momento muy inoportuno.

La fusión de un ser humano y un ordenador, sin embargo, debería ser un abordamiento mucho más próximo al ideal. Podría ser una extensión de la mente, como traté de dejar bien claro en *Los límites de la Fundación*, una multiplicación y una intensificación de la percepción sensorial, una extensión increíble de la voluntad.

En tales circunstancias, ¿no representaría esa fusión, en un sentido muy real, un solo organismo, una especie de «centauro cibernético»? Y una vez fuese establecida tal unión, ¿no desearía la fracción humana no deshacerla? ¿No sentiría tal ruptura como una pérdida insoportable, y que sería incapaz de vivir con el empobrecimiento de la mente y de la voluntad con que se enfrentaría? En mi novela, Golan Trevize podía separarse del ordenador a voluntad, sin sufrir nocivos efectos, aunque quizás esto no sea demasiado realista.

Otro tema que aparece de vez en cuando en la serie *Robots & Aliens* se refiere a la interacción entre robot y robot.

Esto no ha desempeñado un gran papel en la mayoría de mis historias, debido a que, por lo general, he puesto un solo robot importante en todas ellas, y he tratado exclusivamente del tema de la interacción entre ese robot y varios seres humanos.

Consideremos, en cambio, la combinación de robots.

La primera ley establece que un robot no puede perjudicar a un ser humano o, por omisión, permitir que un ser humano reciba daño alguno. Pero supongamos implicados a dos robots, y que uno de ellos, por inadvertencia, por falta de conocimiento o por circunstancias especiales, emprende un curso de acción (de forma totalmente inocente) que ha de lesionar claramente

a un ser humano; y supongamos que el segundo robot, con mayor conocimiento o capacidad de proceso, lo sabe. ¿No se sentirá requerido por la primera ley a impedir que el primer robot cometa el daño? De no haber otro medio, ¿no se vería impelido por la primera ley a destruir a este primer robot sin sentir vacilación o pesar?

Así, en mi obra *Robots e Imperio* (Doubleday, 1985), presenté un robot a quien los seres humanos le habían sido programados con una definición según la cual los seres humanos hablaban con cierto acento. La protagonista del libro no habla con ese acento y, por tanto, el robot se siente libre para matarla. Este robot no tarda en ser destruido por otro de su misma especie.

La situación es semejante para la segunda ley, por la que los robots están obligados a obedecer las órdenes que les dan los seres humanos, siempre que dichas órdenes no violen la primera ley.

Si tenemos dos robots y uno de ellos, por inadvertencia o falta de entendimiento, no obedece una orden, el segundo debe obedecerla u obligar al primero a que la obedezca.

Así, en una tensa escena de *Robots e Imperio*, la «mala» le da a un robot una orden directa. El robot vacila porque la orden puede causarle un mal a la protagonista. Durante algún tiempo se produce un enfrentamiento en el que la malvada repite su orden, mientras un segundo robot intenta razonar para que el primer robot se dé plena cuenta del daño que hará a la protagonista. Aquí tenemos un caso en el que un robot urge a otro a obedecer la segunda ley de una manera más fiel, e insta a un ser humano a hacer lo mismo.

Es la tercera ley, no obstante, la que ocasiona el problema más peliagudo en lo que atañe a una combinación de robots.

La tercera ley establece que un robot debe proteger su existencia cuando esto no se oponga a la primera y la segunda ley.

Pero, ¿y si hay implicados dos robots? ¿Estará cada uno implicado con su propia existencia, como parecería dar a entender una lectura literal de esa tercera ley? ¿O sentirá cada robot la necesidad de ayudar al otro, manteniendo su propia existencia?

Como dije, ese problema jamás se me presentó, puesto que introduje un solo robot en mis historias. (A veces hay otros

robots, pero son claramente personajes secundarios, figurantes, como se dice en lenguaje teatral).

Sin embargo, primero en *Los robots del amanecer* (Doubleday, 1983) y luego, en su continuación, *Robots e Imperio*, puse dos robots de la misma importancia.

Uno de ellos era R. Daneel Olivaw, un robot humaniforme (que apenas se diferenciaba de cualquier ser humano), y que ya había aparecido en *Las cuevas de acero* (Doubleday, 1954), y en su continuación: *El sol desnudo* (Doubleday, 1957). El otro era R. Giskard Reventlov, que tenía un aspecto metálico más ortodoxo. Ambos robots eran muy inteligentes, hasta el punto de que sus mentes tenían una complejidad humana.

Eran esos dos robots los que estaban en lucha con la «mala» Lady Vasilia. Era Giskard quien, por exigencias del argumento, recibía de Vasilia la orden de dejar de servir a Gladia, la protagonista, y servirla a ella. Y era Daneel quien, tenazmente, argüía que Giskard debía continuar al servicio de Gladia. Giskard tiene la capacidad de ejercer un limitado control mental sobre los seres humanos, y Daneel insiste en que Vasilia debe ser controlada por el bien de Gladia. Incluso invoca el bien de la humanidad de manera abstracta (la ley «Cero»), en favor de tal acción.

Los argumentos de Daneel debilitan el efecto de las órdenes de Vasilia, aunque no de forma suficiente. Giskard vacila, pero no puede ser obligado a emprender una acción.

Vasilia, no obstante, decide que Daneel es demasiado peligroso si continúa argumentando, pues podría forzar a Giskard a compartir su punto de vista. En consecuencia, ordena a sus robots que desactiven a Daneel, ordenándole a este que no se resista. Daneel debe obedecer y los robots de Vasilia avanzan para cumplir la orden.

Es entonces cuando actúa Giskard. Los cuatro robots de la malvada son desactivados y la misma Vasilia cae en un sueño de olvido. Más tarde, Giskard y Daneel explican lo ocurrido. Giskard dice:

—Cuando ella ordenó a sus robots que te destruyesen, amigo Daneel, y mostraba una clara emoción

de placer ante tal perspectiva, tu necesidad, sumada a lo que el concepto de la ley cero ya había hecho, superó a la segunda ley y compensó a la Primera. Fue una combinación de la ley cero, la psicohistoria, mi lealtad hacia Gladia y tu necesidad lo que dictó mi acción.

Daneel arguye que su necesidad (siendo solamente un robot) no debió haber influido en absoluto en Giskard, y este asiente, aunque alega:

—Una cosa extraña, amigo Daneel, pero no sé cómo sucedió. En el momento en que los robots avanzaban hacia ti y Lady Vasilia expresaba su salvaje placer, mis conductos positrónicos reformaron sus fórmulas de manera anómala. Por un momento, pensé en ti como un ser humano, y reaccioné de acuerdo con este pensamiento.

—Fue un error —discutió Daneel.

—Lo sé —concedió Giskard—. Y, no obstante... no obstante, si volviese a ocurrir, creo que volvería a aparecer la misma solución anómala.

Y Daneel piensa que, si la situación fuese a la inversa, él también actuaría de igual forma.

Dicho de otro modo: los robots habían llegado a un estado de complejidad en el que habían empezado a perder la distinción entre robots y seres humanos, viéndose unos a otros como «amigos», con la obligación de salvar uno la existencia del otro.

Y parece que hay que dar otro paso: el de los robots experimentando una especie de solidaridad que supere todas las leyes de la Robótica. Especulé a este respecto en mi narración corta *Sueños de Robots*, escrita para mi reciente obra del mismo título (Berkley/Ace, 1986).

En ella se plantea el caso de un robot que, en sueños, ve a los robots como un grupo de seres esclavizados, de manera que su propia misión es liberarlos. Era sólo un sueño, y en la historia no hay el menor indicio de que él fuese capaz de liberarse de las tres leyes hasta el punto de poder encabezar

una rebelión de robots, o que los robots, en general, pudiesen liberarse hasta el punto de seguirle.

De todos modos, este solo concepto ya es peligroso de por sí, y el robot soñador es desactivado al instante.

Los robots de William F. Wu no tienen ideas tan radicales, pero han constituido una comunidad que se preocupa por la salvación y el bienestar de sus miembros. Resulta muy grato ver cómo el autor trata estos asuntos y aplica su imaginación a la elaboración y resolución de los problemas que se plantean.

A handwritten signature in black ink, reading "Isaac Asimov". The signature is written in a cursive, flowing style with a large initial 'I'.

I

La Torre de la Brújula

Derec se hallaba en lo alto de la Torre de la Brújula, contemplando desde la gran pirámide las maravillas geométricas de Robot City, bajo su reluciente cielo azul. Ariel se apoyaba en él, asiéndole todavía el brazo con ambas manos. Mandelbrot, el robot y Wolruf, la pequeña caninoide alienígena, aguardaban detrás de la pareja humana.

—¡Ha cambiado tanto! —murmuró Derec. Acababan de ser teletransportados al planeta usando su doble llave de Perihelion. Mandelbrot los había transportado a todos—. Guarda la llave. Contigo estará más segura.

—Sí, máster Derec —asintió Mandelbrot.

Derec dio media vuelta y oteó en otra dirección. La vista ante él era la misma: las luces y las formas de Robot City extendiéndose hasta el horizonte, un horizonte apenas limitado por la luz solar reflejada en el color azul del cielo. Derec no podía escapar en ninguna dirección. Su destino parecía estar aquí.

—¿Qué ha cambiado? —inquirió Ariel.

Su voz sonaba débil. No se había recuperado del todo de sus problemas en la Tierra. Una enfermedad crítica había alcanzado su grado máximo allí, destruyendo sus recuerdos y, con ellos, toda su identidad. No habían ido al viejo planeta por propia elección, pero, afortunadamente, Derec había logrado allí colocar una nueva matriz de recuerdos químicos en la mente de la joven. Debían crecer sobre los residuos de

sus antiguos recuerdos, pero todavía se estaban desarrollando. Ariel no había tenido tiempo de acostumbrarse a los mismos, de integrarse en ellos, de comprender quién era ella en realidad.

Derec parpadeó bajo la cálida brisa que soplaba contra la fachada de la pirámide. Le alborotaba el cabello color arena que, si antes era como una maleza, ahora era ya un bosque dorado.

—Ellos lo han hecho. Los robots han edificado la ciudad en todas direcciones. Ahora debe cubrir ya todo el planeta.

—O sea que antes no lo cubría —comentó ella como para sí, mirando a su alrededor.

—No. Claro que aquí no somos unos extranjeros y sabemos cómo movernos. Si tenemos suerte, podremos terminar pronto y largarnos otra vez —Derec se volvió hacia Mandelbrot—. Hemos de encontrar un refugio antes de que nos descubran. ¿Puedes usar todavía tu comunicador y establecer contacto con el ordenador central de la ciudad?

—Lo intentaré —Mandelbrot vaciló unos segundos, mucho tiempo para un robot—. Sí. El ordenador central ha cambiado de frecuencia, pero he identificado la nueva mediante el simple hecho de empezar con la original y enviar una variedad de señales en toda la gama de...

—Excelente, muchas gracias —le interrumpió Derec, sonriendo ante aquel entusiasmo y poniendo las manos con las palmas al frente—. Créeme, confío en tu competencia. Mi pregunta siguiente es: cuando Ariel y yo llegamos por primera vez a Robot City, hallé en esta pirámide, más abajo, un despacho que había estado ocupado recientemente. Bien, creo que podríamos encontrarnos allí con el doctor Avery, por lo que hemos de tener mucho cuidado. ¿Puedes averiguar, por el ordenador central, si ese despacho todavía se utiliza?

—Lo intentaré —poco después, el robot negó con la cabeza—. El ordenador no revela ninguna información sobre ese despacho. Ni siquiera confirma que exista todavía.

—Está bien —suspiró Derec.

—¿Y si ha desaparecido? —quiso saber Ariel.

—Me sorprendería mucho —replicó Derec—. Avery no debía querer que su despacho particular figurase en el archivo

del ordenador. Bien, tendremos que arriesgarnos y entrar allí, si podemos.

Ariel apartó un mechón de cabello de su cara.

—¿Entrar? ¿Cómo?

—El techo del despacho tenía una trampilla que se comunicaba con esta plataforma en la que estamos —se agachó, poniéndose a gatas—. Vamos a buscarla.

—Derec —la voz de Ariel sonó un poco más fuerte, mostrando algo de su ánimo anterior—. Te has estado debilitando a causa de esas... cosas que el doctor Avery te metió en el cuerpo. Ten mucho cuidado, por favor.

—¿Acaso puedes encontrarla tú? —se irritó el joven—. Tampoco tú estás en las mejores condiciones de tu vida.

—¡Pero yo ya no estoy enferma! —Ariel se cruzó de brazos—. Ya me encuentro bien, al menos físicamente.

Miró fijamente a Derec por un instante. Luego, como para apoyar sus palabras, se arrodilló y empezó a buscar por el suelo de la plataforma.

—Ni siquiera recuerdas haber estado anteriormente aquí, ¿verdad? —la acusó Derec.

La tensión le tornaba irritable.

—¿Y tú?

—¡Sí!

—Bueno... desde que te conozco, ignoras quién eres realmente. Sufres de amnesia desde... —ella meneó la cabeza, como desechando aquel pensamiento—. Tal vez no me haya recuperado del todo, pero al menos tengo ya algo —de repente, titubeó, escrutando el semblante de Derec—. No quise ofenderte. ¿Lo recuerdo bien o no?

Derec sacudió la cabeza un segundo y se alejó.

—No importa —dijo.

Ariel lo había expresado de igual forma en ocasiones anteriores. El joven continuó buscando de rodillas alguna irregularidad en la lisa superficie del suelo.

—Mandelbrot, ¿ves algo?

—Allí —respondió el robot, dirigiéndose hacia una esquina de la plataforma—. Mi visión ha identificado un pequeño reborde que seguramente representa la abertura.

—Estupendo —exclamó Derec.

Se acercó adonde se hallaba Mandelbrot y se agachó a los pies del robot. Pasó las manos por los lados de una forma muy tenue, rectangular, en el suelo de la plataforma, hasta que notó en la superficie un resquicio casi imperceptible, no más grueso que un cabello. Forcejeó y empezó a deslizarla a un lado.

—Permíteme —se ofreció Mandelbrot.

—No, yo la he encontrado... —Derec calló cuando el robot le cogió gentilmente por el antebrazo y lo apartó—. ¿Qué haces, Mandelbrot?

—¿Te han debilitado mucho los chemfets que tienes en el cuerpo, máster Derec?

—¡No tanto! Vamos, dejemos de hablar y bajemos por aquí. Avery me los metió y él es el único que puede sacármelos.

Derec se liberó del robot.

—Derec... —empezó a decir Ariel, cautelosamente.

—Mandelbrot —ordenó Derec—, ayuda a bajar a Wolruf y a Ariel a...

—No puedo. Tengo que abrir y ser el primero en bajar.

—¿Cómo?

—La primera ley de la Robótica —le recordó Mandelbrot—. No puedo hacer daño a ningún humano ni permitir que un humano reciba daños...

—¡Lo sé! —gritó Derec, coléricamente—. ¡No me des una conferencia sobre las leyes! Fui yo quien te construyó, ¿te acuerdas? Conozco esas leyes de arriba abajo, de dentro afuera...

—Lo he dicho en beneficio de Ariel —le interrumpió Mandelbrot—. Tal vez no recuerde con claridad las leyes.

—Recuerdo una. —Ariel pareció embarazada ante la confrontación—. Hum... la segunda ley dice que un robot debe obedecer las órdenes de los humanos, ¿no es eso?

—Sí, a menos que las órdenes entren en conflicto con la primera ley —corroboró el robot.

—Entonces, la tercera ley debe ser la que dice que un robot no puede dañarse a sí mismo ni recibir daño alguno...

—Es correcto en tanto esto no entre en conflicto con la primera o la segunda ley —finalizó Mandelbrot.

Ariel sonrió débilmente.

—Bien, vamos —se impacientó Derec.

Alargó otra vez la mano, aunque no esperaba que Mandelbrot le permitiese abrir la trampilla.

—Yo dirigiré esta operación —exclamó el robot, con firmeza—. Con los debidos respetos, eso manda la ley.

—¿Por qué lo crees así? —preguntó Derec.

—Tu control de los movimientos corporales va debilitándose gradualmente, debido a los chemfets de tu cuerpo. Ariel está desorientada a causa de sus problemas de memoria y el cuerpo de Wolruf no es adecuado para descender en un ángulo tan agudo. Tenemos que entrar en ese despacho y convertirlo posiblemente en la residencia temporal de tu Némesis¹. La posibilidad de que recibas un daño es elevada; por tanto, yo debo bajar el primero.

Derec le miró centelleante, sin poder discutir aquella lógica robótica. Wolruf le miró, inclinando a un lado su rostro canino.

—¿Ir tú a bajarme?

—Primero, entraré yo solo —planeó Mandelbrot—. El conocimiento que tiene Derec de Robot City hace que sea el más adecuado para enfrentarse a sucesos inesperados, de modo que él me seguirá, si ese despacho no ofrece peligro alguno. Y luego, os ayudaré a bajar a vosotras dos, si es factible.

Wolruf asintió a estas prudentes palabras.

Derec contempló las maniobras de Mandelbrot a la débil luz. El robot vaciló sólo un momento, atisbando probablemente con sus sensores infrarrojos y escuchando en busca de señales procedentes de la habitación que indicaran algún peligro en su interior. Después, se inclinó y abrió ligeramente la trampilla. Tras una pausa, la abrió por completo. Descendió por una escalerilla metálica.

Derec aguardó sin casi atreverse a respirar. Avery podía haber dispuesto alguna trampa para ellos. Wolruf se hizo a un lado. Ariel permanecía inmóvil, pero parecía relajada, como si no captara la gravedad de la situación. Tras lo que semejó un

¹ N. del T.: diosa de la venganza.

tiempo muy largo, se encendió una luz en la habitación, y un cono de claridad se proyectó hacia arriba.

—Esto está desocupado —susurró Mandelbrot—, y es aparentemente seguro para todos.

Derec suspiró aliviado y asió a Ariel por el brazo.

—Tú bajarás antes. No importa lo que Mandelbrot ha dicho de que yo sé enfrentarme con situaciones inesperadas. Él podrá protegerte mejor que yo, si sucede algo, y te ayudará si tienes dificultades con la escalerilla.

—De acuerdo —se conformó Ariel, empezando a bajar con cuidado.

Wolruf se acercó al borde del rectángulo y miró hacia abajo cautelosamente, tratando de no caer.

Derec se tomó algún tiempo antes de aproximarse también al borde de la Torre de la Brújula. Abajo no vio ninguna señal que motivase la alerta.

Wolruf descendió en tercer lugar y al final lo hizo Derec, esperando que le obedecieran pies y manos. Bajó lentamente sujetándose con firmeza a la escalerilla. Cuando estuvo dentro, cerró la trampilla sobre su cabeza.

La escalerilla era resistente y no tuvieron ninguna dificultad al bajar. Antes de llegar Derec al suelo, no obstante, los músculos de la pierna derecha dejaron de responderle. Su pie se deslizó fuera del último peldaño y cayó en los brazos de Mandelbrot. Derec se rehizo y miró desabridamente a los demás, quienes le estaban contemplando.

—Resbalé..., ¿qué pasa?

Ninguno contestó.

—Vamos, vamos... Averigüemos todo lo que podamos.

Derec dio una vuelta por el despacho, mirando a su alrededor. A primera vista, todo estaba como lo recordaba. La única ocasión en que había estado allí, Ariel sólo había permanecido unos instantes, por lo que sería muy poco lo que recordase, si llegaba a recordar algo. Los otros dos no habían estado en aquel lugar en absoluto.

Las paredes y el techo estaban formados totalmente por unos paneles que proyectaban una panorámica completa de Robot City, de noche, por todos lados. Era una vista casi idéntica

a la que Derec acababa de divisar desde la plataforma. Los edificios de Robot City centelleaban en todas direcciones hasta donde alcanzaba su mirada. En el techo resplandecía el cielo azul oscuro.

El despacho estaba amueblado con muebles reales, todos procedentes de otro planeta: butacas, sofá-cama y un escritorio de una aleación de hierro, en lugar del mobiliario simplemente utilitario hecho en Robot City. Un pisapapeles y dos plumas estilográficas de gravedad cero estaban sobre la mesa. Como la otra vez, una pequeña estantería, sellada al vacío y llena de cintas de grabación, estaba intacta. Las cintas estaban clasificadas por temas y por planetas, según recordaba Derec, representando los cincuenta y cinco mundos espaciales. Si alguien las había usado, había vuelto a ordenarlas. Nada había cambiado desde la última visita de Derec, al parecer... hasta que dio media vuelta y vio la planta.

Antes había sido una planta desconocida que florecía bajo una luminosidad bastante intensa. La luz seguía allí, pero, bajo la misma, la planta estaba flácida y seca en su tiesto. Sus tallos eran de color lavanda, y Derec no pudo decidir si se trataba de una desecación reciente o si era su colorido normal al marchitarse. Estrujó una hoja muerta, pensativamente, con una mano.

—Alguien la dejó morir —comentó Ariel, acercándose.

—No creo que haya venido nadie —replicó Derec—. Mandelbrot, Wolruf..., ¿veis alguna señal de que haya estado alguien aquí hace poco?

Ariel miró por la estancia y luego miró una pequeña papelera.

—Está vacía.

—Sí, alguien ha estado aquí desde que yo hice mi primera visita —decidió el joven—, hace ya mucho tiempo.

Fue hacia el escritorio, asaltado por otra idea. La otra vez, sobre la mesa, había habido un holocubo con el retrato de una madre y un niño en él. El cubo había desaparecido.

—Quizá robot vaciar basura —apuntó Wolruf.

—No —Derec meneó la cabeza—. La primera vez que estuve aquí, nos trajeron a Ariel y a mí desde la sala de conferencias

de los supervisores. Habíamos entrado en la Torre por la planta baja. Pero efectuamos solos la última parte del trayecto. Los robots no estaban autorizados a acercarse siquiera a este despacho. Dudo que tengan la menor idea de lo que es esta habitación. Obviamente, les está prohibida la entrada.

—Entonces, exceptuando al doctor Avery —comentó Ariel—, este es un refugio ideal.

—Si hay comida para vosotros —añadió Mandelbrot—. Además, los esfuerzos por localizar al doctor Avery entrañarán un riesgo.

—Déjame comprobar una cosa —exclamó Derec. Fue de nuevo hacia el escritorio y abrió el cajón de la derecha. En su interior se hallaba todavía una terminal de ordenador activa—. Ah, esta terminal no tiene protecciones. Aquí supe por primera vez las causas que forzaban los cambios de forma de esta ciudad. —Tomó asiento ante la mesa y entró la pregunta:

—¿Tiene este despacho sensores que comuniquen con el exterior?

—«Negativo».

—Orden: esta terminal no dejará ningún rastro de esta actividad en el ordenador central.

—«Confirmado».

—¿Hay comida humana en esta habitación?

—«Afirmativo».

—¿Dónde está?

—«El panel de control se desliza por la parte inferior de la superficie del escritorio que cubre este cajón».

—¿Hay algún servicio Personal?

—«Sí, hay uno».

—¿Dónde está?

—«La puerta se halla encajada en el ventanal, detrás de la escalerilla. Está gobernada también por el panel de control del escritorio».

Derec palpó bajo el borde de la mesa e hizo deslizar un panel sumamente delgado, con unos resortes. Presionó uno marcado «Hora de comer» y se giró al oír un débil zumbido en la pared. Cerca de la escalera, se había apartado de la pared del ventanal un panel rectangular, dejando ver el receptáculo

de un pequeño procesador químico. Delante del cajón, el panel seguía mostrando una parte del panorama de Robot City. Derec suspiró ampliamente y le sonrió a Ariel.

—Si funciona, nos alimentará por algún tiempo. Pero si el tanque no contiene alimentos crudos, no nos ayudará en absoluto. Vamos a probar.

—No, déjame a mí —Ariel se acercó prestamente al panel de control—. Deseo probar mi memoria con esa clase de trabajos. Veamos...

Pulsó unas teclas, hizo una pausa para reflexionar, y pulsó otras.

—De acuerdo —sonrió nuevamente Derec—. ¿Qué será?

—No te lo diré, a ver si lo reconoces. Ariel sonrió a su vez, implacable, pero un poco preocupada.

Derec pulsó otro botón del panel de control y una puertecita junto al ventanal se deslizó a un lado, junto al procesador químico. Era un cubículo Personal, tan limpio y ordenado como el resto del despacho. Cerró otra vez la puertecita. Unos instantes después, se deslizó hacia el receptáculo de la comida un pequeño contenedor. Derec aspiró el aroma.

—¡Ah! Fritada magallánica, ¿verdad? Huele bien —miró a Ariel por encima del hombro—. Buen trabajo.

Ariel rio, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Yo tener hambre —intercaló Wolruf.

—Claro —asintió Ariel—. Ahora para ti.

Derec estaba sacando el plato del receptáculo cuando vio que Ariel parpadeaba rápida y repetidamente, trastabillando hacia atrás. Empezó a caer, pero Mandelbrot se movió a tiempo de sujetarla y levantarla con gentileza. Luego, se volvió y la depositó con cuidado sobre el sofá.